

tación exterior, mientras que el de Madrid se entendía con la tienda y se acurrucaba en cualquier rincón.

Consecuencia de su instalación y de la necesidad de buscar al público, la zapatería del pueblo fue siempre un poco casino, lugar de expansiones y comentarios donde la actualidad se analizaba mejor o peor al hilo de la prensa que rara vez faltaba en estos establecimientos cuando no se leía casi en ninguna parte.

Esta zapatería de Manzanares, donde se nota que se hace y se reforma el calzado, tiene todas las características de la estrechez y de la pobreza de los principios del siglo, sin el menor detalle concedido a la ornamentación pues hasta el almanaque de taquito, está clavado en el travesaño de las hormas, todo con lo más preciso e imprescindible y repartida la obligación, los hombres en su trabajo, la mujer aparando los cortes que le da el hombre, los chicos, cerrados de entrecejo como la madre, a lo que se les manda y el viejo que parece el padre de ella, en alpargates y leyendo la prensa que se comentará luego. Lee *El Liberal* y ningún conocedor comprendería que en un taller de zapatería adicta al progreso como todas las de su clase, se leyera *La Epoca* o *El Siglo Futuro*. No cabe mayor simplicidad, nada que no sea imprescindible para el trabajo y la puerta que destaca la figura de la joven pero macilenta maestra, que está llena, nos habla de cuanta ha de ser la escasez del ajuar que guarda y el mérito de aquellas vidas tan sacrificadas, atenuadas casi a las provisiones providenciales.

A este zapatero, no importa quien sea, uno de tantos, se le ve animado por ese espíritu de la época que manda trabajar, hay que dar gusto y atender a la parroquia, primero para hacerla y después para conservarla. Igual les pasaba a los sastres que hasta iban a probar a las casas cuando el parroquiano volvía de trabajar, sin obligar a nadie a ir al obrador donde las costureras cotorreaban de lo lindo, ni a nadie se le ocurría abandonar el trabajo para ir a probarse. Que venga él, decían, que no tiene otra cosa que hacer y para eso está.

Cualquier cuchitril de zapatero remendón de Madrid lucía en sus paredes numerosas estampas de *LA LIDIA* o de oradores parlamentarios a los que se jaleaba como a los cantaores, pues el zapatero de tirapié era hombre propicio al entusiasmo y cuando llegaba al paroxismo en la lectura, le untaba engrudo al papel y lo pegaba en la pared para honor y gloria del personaje. En el pueblo como el arreglo dependía de la mujer y no tenía gana de belenes, la pared estaba en el enjalbiego y gracias, como ahí se ve.

El piso empedrado, como la calle, pero con una capa fina de yeso a rodales y bastante humedad y salitre en el suelo y en las paredes que enmohecen todos los enseres de la casa y a los mismos moradores.

Los asientos sin respaldo, porque el de zapatero es oficio agachadizo y siempre con alguna pellica de conejo o trapos de tela usada para que ablanden las durezas de los espartos o de las enneas, aunque no les evitaba las callosidades de las posaderas.